

“¿Jugamos en la escuela?”

Autora: Marta Lorenzo

Dispositivo: CIP Educación

Docente: Laura Kiel

¿Jugamos en la escuela?

El presente trabajo se propone analizar un recorte de un caso tomado de una integración escolar.

Martín tiene 7 años y se encuentra cursando su primer grado por segunda vez. A fines del año pasado la fonoaudióloga recomienda que Martín vaya a un colegio con menor exigencia o solicite una maestra integradora, por lo cual se encuentra integrado desde este año. El diagnóstico que presenta en su ficha de ingreso al centro de integración es de TEL (trastorno específico del lenguaje) y realiza tratamiento fonoaudiológico desde los 3 años de edad. Cuando me comunico para hablar con la profesional, la misma me comenta sobre sus dudas acerca de si no se nos estará escapando algo en el diagnóstico, por sus *rasgos sindrómicos*. A partir de ese comentario yo me empiezo a preguntar sobre esto. ¿Qué consecuencias trae para un niño un diagnóstico realizado por la vía imaginaria? La fono

dice sorprendida: “*le hice a Martín todos los últimos test de neurolingüística, y no me da nada*”. Allí donde no se soporta no saber o no entender acerca de la modalidad sintomática de este sujeto, es que se tapa y tiende a cerrarse un diagnóstico que explicaría la causa por la cual Martín se resiste a encajar en una de las categorías de los test de neurolingüística. En este caso, podría pensarse sobre la operación que se realiza de evaluación tomando diversas pruebas avaladas como las más modernas por el discurso universitario, tratando de comparar al sujeto para que se vuelva uno entre otros, dejando de lado su modalidad singular de hacer síntoma, reduciéndolo a un mero objeto de estudio. El psicoanálisis excluye la comparación y la evaluación como operaciones que se realizan desde lo imaginario.

En una entrevista que tuvimos posterior a este llamado, le comento a la profesional que me llama la atención como Martín puede hablar de esa forma (a veces ininteligible), y sin embargo poseer un lenguaje rico con palabras difíciles, armar las oraciones correctamente, conjugar los tiempos en forma correcta. La fono dice: “*me parece que Martín no quiere abrir la boca*” y relata que últimamente le está costando trabajar con él, ya que se resiste a pronunciar correctamente y solamente quiere jugar toda la sesión a lo que él quiere. Yo le cuento que Martín, estando en la escuela, me dijo: “*yo no quiero leer, pero vos ¿me vas a ayudar a leer?*”, a lo que le contesto: no sé ¿vos que pensás?¿el que me tendría que ayudar vos, no?, con lo cual él se ríe y me mira con cara de pícaro.

¿Cuáles son las intervenciones si miramos al niño desde el lugar del déficit, de algo a reparar, o si lo miramos teniendo en cuenta un imposible como lo es educar, tratando de hacer lazo desde las herramientas o las preguntas que trae el sujeto?

¿A que corresponde el jugar de un niño, si es visto como un capricho o como un tratamiento de lo real?

Martín presenta *rabietas* ante los “no” proferidos por la docente y cuando se le impone una orden o tarea escolar. Estas *rabietas* lo toman y Martín empieza a temblar, se le cae la saliva, frunce los puños y rechina los dientes.

Teniendo en cuenta conceptos como los de no intervenir directamente sobre el síntoma, introducir la falta de mi lado, restarme como sujeto para no volverme un Otro insoportable, es que surgió una estrategia ante una de sus rabietas. Siendo el día del maestro y estando en el salón de actos, Martín se percata de que su madre ha asistido a la celebración. A partir de ahí se empieza a tirar del pelo y se tuerce los dedos para atrás. Lo primero que hago, es sacarlo del salón para averiguar qué le pasa. Martín no habla, empieza a temblar. Su madre se acerca y dice: “*me lo llevo*”, a lo que yo le contesto que espere. Le pregunto si pasó algo en la casa en estos días, y la madre me cuenta que es posible que ella empiece a trabajar. Martín está enojado con ella. Cuando tenía 3 años ella empezó a trabajar, y mientras lo cuidaba la abuela, Martín presentó una convulsión. Esa convulsión, tanto para la madre como para la abuela encierra una certeza: “*fue porque su mamá empezó a trabajar*”. Su madre dejó el trabajo y desde entonces se ocupa sólo de él. A partir de allí Martín dejó de hablar. Su madre se levanta por las noches para revisar que esté durmiendo bien y la misma me cuenta: “*yo no sé si ella (su madre) puede cuidarlo tan bien como yo*”. La madre también me relata que Martín le pega, la pellizca, “le agarran las crisis” y la ataca. Ese día del acto, estando M “*en una crisis*” (el nombre que le ha dado su madre a lo que le pasa a su hijo), no sabiendo qué hacer y luego de haber supervisado, le digo: “¡uy se está poniendo verde... me parece que se está convirtiendo en

el increíble Hulk, que miedo me da esto...!” Martín me mira asombrado y comienza a *hablar*: “no soy el increíble Hulk, estoy enojado...” Actuando, le digo que si es que se convierte en Hulk por favor me avise, ya que a mí me da tanto miedo que quiero estar al tanto así me escondo, me tapo la cabeza con la campera: juego. Martín se ríe y comenzamos a jugar: Martín hace que me atrapa sosteniéndome del brazo y riéndose me dice: “te atrapé, me parece que me estoy convirtiendo...” Luego se unen los compañeros al juego y jugamos todos, cada uno con su personaje: Hulk, la masa, el hombre araña. En ese momento, en que me veo jugando y mirando la cara de todos los que están en el colegio, me siento un poco observada por los docentes. Les digo: “¡estoy jugando!”.

Los días posteriores a este suceso Martín ya puede anticipar y me avisa: “me parece que me voy a convertir en Hulk...” Entre que me avisa riéndose, y que yo me hago la asustada se disipa la situación: ya es un juego, una metáfora. Hulk, S_2 , que permite dar sentido a ese S_1 real que no entra en la cadena asociativa, transformándose en goce invasor e ilocalizable en el cuerpo. Esta operación produce sujeto y alivio por la pérdida de goce. Es a partir de otro que sanciona un sentido, que significa ese real, que puede producirse un intervalo, una separación entre S_1 y el sujeto permitiendo una localización de goce. Como plantea Silvia Salman por un lado el juego tiene un costado que está del lado del semblante, es decir del lado de lo simbólico que tiende a aprehender lo real, a captar lo real; por el otro sirve para producir goce.¹

¹ Salman, Silvia. “El juego, aparato de goce” pág. 166.

Pensando en el segundo costado del juego, Hebe Tizio dice: “...el goce es un límite para el significante, pero a su vez es lo que el discurso analítico tiene para operar”². Podría decirse que gracias a este desborde pulsional, nosotros podemos operar, podemos dar un giro de vuelta en el discurso, lo que permite hacer lazo, acotar goce y aliviar al sujeto.

² Tizio, Hebe. “El discurso analítico y los semblantes”. En LOGOS 6, pág. 12. NEL-MIAMI; 2010.